

Memorias y desmemorias

Josep Fontana

Historiador

11 abril 2013

(Traducción de Jordi Domènech)

Los libros de memorias nos invaden. En poco tiempo hemos tenido la primera entrega de los dietarios de Bono (que no contienen más que algunos chismes, acompañados de ataques a Guerra) y de las memorias de Aznar (donde, por no haber, no hay ni chismes), entre otras muchas de personajes de menor relieve.

Esta abundancia no es una buena noticia. Porque los casos en que merece la pena leer esta especie de libros son muy pocos. En general, son lecturas para un especialista, que se traga toda la hojarasca acumulada en ellos para descubrir aquel pequeño detalle (el recuerdo de una conversación, el testimonio de un encuentro que ignorábamos...) que nos ilumina algunos sucesos del pasado, añadiendo una nueva perspectiva. En consecuencia, son lecturas sólo recomendables para especialistas —historiadores o periodistas— que compensan el aburrimiento de la lectura con la pesca de alguna *perla*. Sin olvidar que sólo esta clase de lectores son capaces de no dejarse embaucar por la gran cantidad de falsificaciones, ilusiones y mentiras con que los memorialistas acostumbran a adornar sus autorretratos.

A veces, sin embargo, uno acaba pensando que el precio que paga por estos pequeños hallazgos es demasiado grande. Esto es lo que me acaba de ocurrir con *Más que unas memorias* de Ramón Tamames, ochocientas páginas de una literatura que recuerda aquel ejercicio de las antiguas oposiciones a cátedra conocido como el "¡Mecachis, qué guapo soy!". Ochocientas páginas en las que el señor Tamames nos va explicando su inteligencia, sus aciertos, los elogios que le han dedicado a lo largo de su vida, las personas importantes que ha conocido (aquello que los anglosajones denominan *name-dropping*), etc.

El autoelogio llega en este caso a extremos delirantes, que pueden inducir a error a lectores que no estén suficientemente informados, ya que podrían llegar a la conclusión de que toda la historia de España desde los años 50 del pasado siglo tiene un único y principal protagonista que es el señor Tamames.

Algunos casos lo ilustran. El Plan de Estabilización, por ejemplo, está claro que lo pergeñaron el ministro Ullastres y Tamames ellos solos, como queda patente en la escena en que Tamames lleva al ministro su tesis doctoral sobre la integración europea, y recibe de Ullastres esta respuesta: "Muy bien, Ramón, ¡cómo trabaja usted! Pues aquí tenemos ya todo..." (p. 322). Que esta fábula incluya una visión de las reacciones del general Franco respecto de las reformas liberalizadoras que no coincide con lo que otros han explicado, y que, sobre todo, resulta contradictoria con las opiniones de Franco que conocemos por sus escritos y por los recuerdos que transcribió a su primo *Pacón* Franco Salgado-Araujo, no ha de enturbiarnos la admiración por esta primera aportación del memorialista a la historia contemporánea de España.

A partir de la página 340 nos explica cómo ilustró a Carrillo, que no sólo no entendía cuál era la situación real de la economía española, sino que ignoraba quiénes fueron Keynes, Sweezy, Galbraith, y no tenía ni idea de "la revolución en la ciencia económica" que había contribuido a salvar al capitalismo de la crisis de 1929. Una mala entrada que ayuda a entender que acabaran mal sus relaciones unos años después, preparada por el relato de todas las ocasiones en que Carrillo se mostró celoso de los méritos del memorialista, especialmente de su obra como novelista.

Pero sus mejores glorias están en el capítulo sobre la Transición. La forma en que consiguió que el Partido Comunista (PCE) pudiera participar en las elecciones, gracias al dinero que les sacó a los banqueros, está claro que se debió a que éstos estaban rendidos a la admiración que sentían por él. Una situación que se repetirá de nuevo más adelante, cuando entró en el ayuntamiento de Madrid —donde las malas lenguas dicen que hizo su fortuna— y al decirle Tierno Galván que no tenían ni un céntimo y que debían 5.000 millones (de pesetas), exclamó: "¡Eso está resuelto, alcalde!", a lo cual Tierno respondió: "Estupendo, ya sabía yo que tú eres un gran economista..." Organizaron un *cocido* en el ayuntamiento, y "allí, previa invitación personal mía, y en el día y hora que fijamos, fueron llegando, muy contentos y satisfechos por la invitación, los seis presidentes de los mayores bancos del país", que les dijeron que no había ningún problema en darles un crédito de 5.000 millones: "La semana que viene tendrán ustedes el dinero" (pp. 657-658).

Sin embargo, su participación más importante fue la que guarda relación con los Pactos de la Moncloa. Después de explicarnos cómo había ido exponiendo todas las ideas que recogerían los "pactos", relata cómo comenzaron las reuniones, y después de los primeros debates, Suárez —que Tamames ya nos ha avanzado que fue un lector entusiasta de su novela *Historia de Elio*— le dice: "Y ahora, Ramón, ¿qué vamos a hacer?", a lo cual Ramón replica con un "Muy sencillo, presidente", y expone las etapas que deberían seguirse, y discute con José Luis Leal el documento que habrá que debatir. "De tal manera que, en poco más de una hora, concluimos el escrito, del cual se hicieron inmediatamente fotocopias para llevar a la mesa del plenario. Allí, ante la mirada complacida de Suárez, y la más inquieta de Fuentes Quintana —¿qué habrán hecho estos dos, y sobre

todo don Ramón?—, expusimos el trabajo realizado, y se hicieron algunas pequeñas correcciones. De manera que el documento resultante fue la base de los Pactos de la Moncloa" (pp. 602-605). Podría repetir otros momentos de exaltación como éstos, pero temo que no resultarían ni divertidos.

¿Cuál ha sido la compensación por esta pesada lectura? Un detalle, que puede parecer insignificante, pero que es muy revelador. Siempre he tenido un vivo recuerdo de Carrillo explicando a los militantes del PSUC que los Pactos de la Moncloa contenían toda una serie de conquistas para la clase obrera y que era un paso decisivo hacia el advenimiento de la mítica "democracia económica y social". ¿Cómo es que estas conquistas nunca llegaron a verse, hasta el punto que hubo manifestaciones obreras pidiendo el cumplimiento íntegro de los pactos? En 2007, en un libro escrito en colaboración con Alberto Sabio, Nicolás Sartorius, que era dirigente sindical entonces, lo explicó: "Es cierto que no se llevaron a la práctica muchos de los acuerdos adoptados, entre otras razones porque se dejó en las exclusivas manos del gobierno su ejecución, sin crearse ningún órgano de control o seguimiento que vigilase el cumplimiento de lo establecido."

Tamames aporta ahora otro elemento para explicar el enigma. Según su versión de lo ocurrido, Carrillo pidió que se creara una comisión de seguimiento de los pactos, pero Felipe González, que estaba dolido por su falta de protagonismo en la negociación, habría dicho: "Nada de comisiones de seguimiento. Ya va a funcionar una ponencia dentro de la Comisión de Economía del Congreso y con eso basta. —Y enfatizando más, agregó—: ¡Ahora, que el gobierno gobierne!" (p. 606).

No sé qué debemos admirar más. Si la cara dura de unos políticos que en unas reuniones en las que no fueron llamados a participar los sindicatos, decidieron por ellos el precio que habían de pagar los trabajadores por sus concesiones. O la de Felipe González —que se suponía representaba los intereses de la UGT— y de Santiago Carrillo —en nombre de los de Comisiones Obreras—, que dejaron que se negara a los sindicatos voz y voto en la cuestión, al pasarla a una comisión parlamentaria. Lo cual no impidió que Carrillo continuara vendiendo al personal una mercancía que estaba averiada desde su formulación inicial.

Fuente original:

"Memòries i desmemòries", *La Lamentable*, 11 abril 2013

<http://lamentable.org/memories-i-desmemories/>